

Leonardo Polo, *Curso de teoría del conocimiento*, III

Eunsa, Pamplona, 3ª edición, 2006.

Ha aparecido la tercera edición del *Curso de Teoría del Conocimiento*, vol. III. La primera edición se publicó en mayo de 1988, la segunda en mayo 1999, y esta tercera es de agosto de 2006. La buena marcha editorial de este volumen indica que va camino de convertirse en un clásico de la epistemología, por más que la obra de Polo siga siendo desconocida para muchos. Esta edición corrige erratas de anteriores ediciones y sigue, con ligeras modificaciones, la paginación de la edición de 1999. Aunque el manejo del volumen es bastante cómodo, se sigue echando en falta un índice analítico al final del libro que ayude a localizar conceptos relevantes y ocurrencias de nombres propios, especialmente en una obra en que la que hay numerosas referencias a otros autores y cambios del objeto de la discusión. Esperemos que ulteriores ediciones de este libro logren acometer esa utilísima tarea —y otras que señalaré en el párrafo final de esta reseña— que muchos lectores como yo agradecerían de todo corazón.

La continuidad con el tomo anterior se pone de manifiesto ya desde el comienzo de este volumen. En el tomo anterior, su autor se había propuesto estudiar la abstracción, una operación que abre la prosecución intelectual con una enorme variedad de operaciones que explotan la riqueza de contenidos del abstracto. El tomo anterior, no obstante, había limitado su discurso al análisis del objeto abstracto y su conexión con el hábito lingüístico. En continuidad con ese propósito, ahora lo que sugiere el abandono del límite es expandir el elenco de operaciones intelectuales y fundamentarlo en un marco que ponga de relieve que su principal filón cognoscitivo son los hábitos. Según el axioma D, la inteligencia es una facultad infinita, no limitada, y el número de operaciones —aunque no su variedad y alcance—, también lo es. Esa infinitud es posible gracias a la carácter irrestricto del hábito, que goza de un rango cognoscitivo tal que las operaciones por así decirlo, no pueden equipararse con él a ningún nivel.

Por esa razón Polo arguye que siempre se puede proseguir conociendo, como refleja el axioma D. Las diversas lecciones de este volumen abordan el estudio de las operaciones que siguen a la abstracción de acuerdo con el abandono del límite. Su conceptualización, desafortunadamente, se ha truncado a menudo cuando ésta se ha hecho desde un deficiente marco epistemológico. Tal es el caso de Hegel, para quien “pensar es un esfuerzo, un trabajo encaminado a pensar todo lo pensable” (p. 147). Hegel entiende que la verdad es absoluta y que la filosofía es un saber totalizante que debe tender al conocimiento del todo. Uno podría objetar a esto que el conocimiento del todo excede a la limitación del conocimiento humano. Pero antes que eso,

Polo señala que la sistemática hegeliana es ciega con respecto al axioma D. Si las operaciones de la inteligencia son infinitas, el deseado todo operativo del sistema hegeliano es un mero ideal que, de hecho, no se corresponde con el conocimiento de ninguna entidad concreta. Estrictamente, la interminable colección de abstractos es irreductible a lo que Polo llama la “unidad del ente” (p. 25), es decir, a la unidad del ser. Los conceptos de “ente”, e incluso de “ente único” en sentido parmenídeo no pasan de constituir nuevos abstractos de carácter general, nuevas acometidas con el fin de hallar entes que abarquen todo lo pensable. Hegel es aquí rehén de la infinitud operativa de la inteligencia como una capacidad no saturable.

Sobre asuntos como éste se ocupan las lecciones 5 y 7, y de un modo derivado también la 6. Las lecciones 2 y 3 se centran en el concepto de posibilidad lógica; la 4, del comienzo o la inepción cognoscitiva, enlazando así con Hegel y preparando el análisis de las ideas generales. Las lecciones 8 y 9 vuelven a retomar el hilo de la argumentación, y la 10, un tanto separada de las otras, puede considerarse como una digresión. En las lecciones 8 y 9, el autor acomete su propósito de extremar la distinción entre operaciones. Para entonces, ya se ha aclarado suficientemente la naturaleza las ideas generales, y se pone en conexión el conocimiento racional del abstracto con el comienzo temporal y real de las entidades, el cual tiene que ver con la causalidad, es decir, con los hábitos encargados de “la devolución de la determinación directa a la realidad” (p. 256). De ese modo, Polo reta a Hegel a entender el comienzo, no como una idea clara y distinta de corte cartesiano o un “mínimo absoluto de objeto” (p. 141), sino básicamente como una realidad obtenida en el reconocimiento de todo lo que el abstracto no tiene de puramente lógico. Por esa razón, a mi modo de ver, Hegel es el mejor adversario que Polo podía encontrar, lo cual da razón de este detenido análisis de su sistema —que sin duda podría matizarse desde una crítica más textual a la filosofía de Hegel— particularmente pertinente, pues nadie mejor que él ha explorado las ideas generales en busca de un objeto de conocimiento que simbolice la unidad de los abstractos, pero nadie como él se ha enmarañado tanto en la lógica de lo no real y abrazado el polo opuesto de una metafísica realista centrada en el hallazgo de lo absoluto.

Polo no se cansa de repetir que “razón y negación divergen a partir de la abstracción. Sin embargo, la filosofía del Hegel equivale a una fusión entre ambas” (p. 231). Si, como es sabido, la dialéctica hace uso de la negación para alcanzar cotas más altas de conocimiento, la marcha hacia lo real en la epistemología de Polo requiere prescindir de dicha negación. Como ese procedimiento no siempre satisface a la inteligencia, se produce un movimiento de resistencia, una *pugna* con la razón que se salda con el conocimiento del

“universal real” (p. 49) sobre el que se insiste en que “no es una idea general” (p. 212) de carácter totalizante. Se abre así una nueva vía que permite la prosecución intelectual hasta donde ésta pueda llevarse.

El tratamiento de esta pugna y la prosecución intelectual corresponden al siguiente volumen. En éste, Polo se contenta con dejar claro de formas muy diversas, y apoyado en un penetrante análisis, que aunque las ideas generales puedan tener su utilidad en otras disciplinas en las que el estudio de lo real — ej. la materia—, tiene un carácter secundario, éstas no son fértiles en la filosofía, pues conducen a un vaciamiento del objeto abstracto, más que a una efectiva profundización en todo lo que éste tiene de útil para proseguir la tarea de la razón.

Razones como éstas hacen del *Curso de teoría del conocimiento* un clásico aún por descubrir. Aconsejaría a quienes no hayan leído aún este libro a no dejar pasar la oportunidad de comprender el pensamiento de Polo gracias a esta nueva edición; mejorable, tanto por la falta, por ahora, de una edición crítica que acometa la escasez y dispersión de citas textuales de muchos autores como por los cambios de paginación (aunque sean leves) que se suceden en cada edición, y que inevitablemente, pueden dificultar la tarea de fijar una “edición canónica”. Esperemos que la difusión de la obra de Polo contribuya a soslayar esas carencias.

Miguel García-Valdecasas

Leonardo Polo, *Curso de teoría del conocimiento, I*

Eunsa, Pamplona, 3ª edición, 2006.

La tercera edición del tomo primero del *Curso de teoría del conocimiento* hace accesible una obra capital del pensamiento de Leonardo Polo (Madrid, 1926). No se trata propiamente de un estudio monográfico, sino de un conjunto de lecciones de Polo sobre gnoseología. Con todo, el curso tiene una singular significación, que puede ser referida a dos ámbitos.

A quienes interese de manera especial el estudio de la filosofía de Polo (el método llamado “abandono del límite mental” y sus especulaciones en los ámbitos de la metafísica y la antropología), este primer tomo del *Curso* es una de las mejores introducciones al conjunto de su camino filosófico, y acaso el más accesible, pues aquí comienza, a juicio del Prof. Juan A. García, ha llamado la “segunda exposición pública” de su filosofía.